

**A VEINTE AÑOS, LUZ**

**Elsa Osorio**

## Prólogo

1998

Luz, Ramiro y su hijo Juan llegaron al aeropuerto de Barajas a las siete de la mañana de un jueves caluroso. En el taxi que los llevaba al hotel, Luz les habló de la Plaza Mayor, de esas callecitas angostas y misteriosas, de los bares abiertos hasta cualquier hora, de las mujeres cuando bailan con sus manos como pájaros inquietos y esa altivez en la mirada. Te va a encantar el flamenco, Ramiro, te voy a llevar al Parque del Retiro, Juan. Quizá Luz quería hacerles creer (o creerse ella misma por un rato) que estaban ahí solo para conocer España y no para acompañarla en esta carrera que no había podido parar desde que se le metió esa idea en la cabeza, cuando nació Juan. Porque fue ahí, en la misma clínica, que empezó a crecer esa duda de la que ya no podría desprenderse. Entre pañales, provechitos y canciones de cuna, Luz averiguó y habló con gente y pidió datos y revolvió y hurgó y buscó obstinadamente. Y hasta acá habían llegado. Hasta Madrid.

Esa misma mañana, mientras Juan y Ramiro dormían, en informaciones le dieron el número de teléfono de Carlos Squirru. Vivía, entonces, existía, y estaba ahí, en la misma ciudad que ella. El corazón latiendo como si quisiera escapársele del cuerpo. Marcó el número desde la cabina telefónica del hotel. Una voz de mujer con pronunciación española decía que ellos no estaban, que dejara un mensaje después de la señal. Cortó rápidamente. Trató de ponerle ojos, boca, cara, expresión a esa voz pero no pudo. ¿Sería su mujer? ¿Le habría hablado Carlos de su pasado?

Se había prometido dejar todo para el día siguiente. Ramiro y Juan se merecían un día en paz, divirtiéndose, paseando, como ella les había estado anunciando desde que llegaron. Debía darse una tregua, descansar, pero no podía evitar que la ansiedad se le colara entre paseos, juegos y risas. ¿Cómo encararía esa difícil conversación? Sería escueta, breve, y Carlos no iba a negarse a encontrarse con ella después de decirle que tenía un mensaje de Liliana para él. Tenía que encontrar las palabras justas. Ramiro iba a ayudarla a planear, como tantas otras veces, desde que empezó su búsqueda.

—Lo charlamos a la noche —le dijo Ramiro.

Pero no pudo esperar a la noche: Tratá de entenderme, quiero hacerlo ya, quiero dejar de pensar si es o no es y qué me va a decir, cómo va a reaccionar.

Ramiro se alzó de hombros por toda respuesta. Era la historia de Luz, y era ella quien debía decidir cómo jugarla.

–Dígame –le respondió Carlos y Luz tuvo que tomarse una mano con la otra para no colgar, tenía tanto miedo. Ramiro la miraba desde el vano de la puerta.

–Quisiera hablar con Carlos Squirru, por favor.

–Soy yo –y ese “yo” sonó tanto a “io” que Luz se dijo que había sido una estúpida en ilusionarse así porque perfectamente podía haber un español que se llamara igual.

–¿Quién eres?

“Eres” la convenció totalmente de que había sido un error, pero no iba a cortar sin estar segura.

–Mi nombre es Luz, Luz Iturbe. Usted no me conoce, quizá no es usted el Carlos Squirru que estoy buscando, me dieron su teléfono en información porque pregunté en Madrid, pero tal vez el Carlos Squirru que busco viva en otro lado, yo no estoy segura.

Se odiaba por estar diciendo todas estas palabras confusas. Tenía que empezar de nuevo, tosió, un silencio del otro lado que no la animaba a seguir, Ramiro que se iba al cuarto de Juan y un llanto de niño del otro lado de la línea.

–Un momento, por favor –y más lejos–: Montse, ocúpate del niño.

–Discúlpeme, creo que es un error, yo creí que...

–¿Sos argentina?

¡Sos, le había dicho sos!

–Sí, ¿y usted?, porque el Carlos Squirru que busco es argentino.

–Sí, soy argentino, aunque procuro olvidarlo –y se rió–. Pero no sé si el que vos buscás –un tono seductor–. ¿Es guapo, inteligente, encantador? En ese caso soy yo, sino será uno de los otros cinco o seis Squirru que están diseminados por Europa.

Carlos se reía, seguramente de la torpeza de Luz. Había pensado tantas veces lo que iba a decirle y ahora no se acordaba nada. Él parecía amable, simpático, ¿por qué no podía articular una frase coherente?

–Yo quería hablar con usted... a propósito de Liliana.

Solo después de un largo silencio y en un tono muy seco:

–Liliana ¿qué?

–No sé, no sé el apellido, justamente, esa es una de las razones por las que quiero hablar con usted. Hace ya unos meses hablé con Miriam López, ella me dio su nombre. Miriam...

–¿Quién?

–Miriam López.

–No la conozco.

–No, ya sé. Ella lo buscó en la guía telefónica hace muchos años. Pero mal, creía que tenía una “e” el apellido, Esquirru, así, con “e” adelante. Yo me di cuenta de que Squirru empieza con “s” –ni breve, ni escueta, ni clara, estaba arruinándolo todo, quiso llamarlo a Ramiro para que él le explicara– Miriam me dijo que Carlos Squirru era el compañero de Liliana hace...veintidós años –mal, pero se lo había dicho y él no respondía nada, ni la respiración se escuchaba–. ¿Usted tenía una compañera que se llamaba Liliana?

–¿Y tú quién eres?

–Yo soy..., me llamo Luz. Estuve averiguando muchas cosas en el último tiempo, por todos lados, pero me faltan datos. Es difícil explicárselo así, por teléfono. ¿Podríamos encontrarnos? –el silencio se le hacía demasiado largo de tolerar–. Liliana quería decirle algo a usted antes de... Por favor, ¿podríamos vernos?

–¿Conoces el Café Comercial?

–No, pero no importa. Dígame dónde es y voy.

–En la Glorieta de Bilbao. En una hora.

–Sí –alegría y miedo, todo junto–. ¿Cómo vamos a reconocernos? No sé cómo es usted. Yo soy rubia, voy a llevar una blusa verde... y un libro en la mano.

–Vale, adiós.

Ramiro estaba abrazándola cuando colgó. Luz se largó a llorar.

–Lo hice todo mal, ¿me escuchaste, amor? Nunca me dijo que era el compañero de Liliana, pero si aceptó verme es porque es él, ¿no?

Ramiro le daría de comer a Juan y la esperaría ahí mismo: Llamame si me necesitás.

Se bajó en cualquier esquina de la Glorieta de Bilbao y preguntó a unos chicos por el Café Comercial. Cruzó la avenida. Sentía que sus pies no pesaban, que su cuerpo entero era inconsistente y que podía caerse en cualquier momento. Ese irreal calor seco de julio

la envolvía como si quisiera tragársela. “Bochorno” lo había llamado el chofer del taxi y Luz pensó que era la primera vez que entendía el significado de esa palabra.

Había mucha gente sentada en las mesas de la terraza. Se dio cuenta de que no podía distinguir a una persona de otra: bultos indiscriminados. Se quedó parada un rato blandiendo el libro en su mano. Si Carlos estaba ahí, se acercaría. Lo mejor sería entrar, beber algo helado y si no aparecía al cabo de un rato, volver a salir a la terraza.

El aire acondicionado la reconfortó de inmediato. ¿Cuál de esos hombres solos sería él? Se sentó en una mesa y paseó su mirada por el café. Ese hombre que estaba en la mesa de al lado debía tener unos cuarenta y tantos años. De todos modos, ella no sabía cuántos años tendría Carlos. El hombre la miraba, pero no, no podía ser él, no le haría esa sonrisa.

Con la mirada fija en la puerta, Luz pidió una Coca-cola con limón. Carlos se acercó por atrás, se puso enfrente de Luz y la miró.

–¿Carlos? –preguntó Luz dudando si extenderle la mano o no y su brazo cayó sobre la mesa cuando él se sentó frente a ella como todo asentimiento.

Ninguno de los dos parecía empezar el diálogo. Carlos abrió y cerró la boca al mismo tiempo que Luz. Esa incomodidad en espejo les arrancó una sonrisa.

–Estoy bastante desconcertado. No sé quién sos, ni quién es esa tal Miriam, ni por qué me estás buscando. Vos no podés haber conocido a Liliana, sos muy joven.

Le trajeron la Coca-cola y Carlos pidió un whisky.

–Ella le dijo a Miriam López su nombre.

–¿Miriam estaba en el campo de detención?

–No precisamente.

–¿Entonces dónde?

–En su casa. Liliana le dio su nombre en la casa de Miriam.

Desesperación o impaciencia leyó Luz en la cara de Carlos. No iba a hacer el papel de estúpida que hizo por teléfono.

–Carlos, yo voy a explicarle todo lo que sé. Llevo bastante tiempo haciendo averiguaciones. Fue difícil porque no sé el apellido de Liliana. ¿Cómo se llamaba?

–¿Eres periodista? ¿Has venido a entrevistarme? ¿Qué quieres? ¿Hacer un artículo, un libro? Yo hace siglos que no vivo en ese país, para mí no existe, ¿entiendes? No existe –y claramente agresivo–: ¿quién te dio mi nombre? ¿Qué es esa historia de Miriam no sé qué? ¿Y cuándo estuvo Liliana en su casa? Eso no es posible.

Luz bebió un sorbo de su Coca-cola, como para darse un tiempo antes de contestar una por una todas las ansiosas preguntas de Carlos.

–No soy periodista. Vine a verlo, no a entrevistarlo. Quería conocerlo, quiero saber... muchas cosas. Y sobre todo que usted las sepa. Su nombre me lo dio Miriam López, que ya le voy a decir quién es si me da la oportunidad –Luz parecía devolverle el mismo tono encrespado–. Soy yo la que voy a hablar. Usted, después, si se le da la gana –la voz quebrándose, tratando de encontrar un timbre justo–. Y si no se le da la gana, no. ¿De acuerdo? Solo quiero que me escuche.

La presencia del camarero frenó las palabras de Luz. Carlos se tomó un tiempo antes de responder.

–Perdona si te hablé mal. Es que me has tomado por sorpresa. Quizá el que no quiere, el que teme tocar ese tema soy yo. ¿Sabes? Todavía me duele. Mucho.

Cuando Carlos miró para otro lado, Luz pudo darse cuenta, por primera vez desde que lo vio, de que Carlos era un lindo hombre, que le gustaba. Y ese gesto suyo de mirar para otro lado, qué increíble, lo mismo que ella hacía cuando quería disimular una emoción. Pero no podía permitirse observarlo, y descubrir lo que sentía, tampoco le quería tirar a boca de jarro esa frase que ella misma no sabía si osaría decir y que explicaría en un instante su presencia.

–¿Quién era Miriam?

–Miriam López conoció a Liliana en circunstancias bastante extravagantes... patéticas, diría, a mediados de noviembre de 1976.

Luz se preguntó por dónde empezar aquella historia: si por lo del parto en la clínica de Paraná, o por el otro, en el hospital de Buenos Aires. Quizá sería mejor hablarle desde el principio de esa extraña y poderosa alianza que se estableció entre Miriam y Liliana. Pero simplemente lo fue dejando salir como se daba, sin justificar siquiera por qué ella conocía tantos detalles de un lado y del otro. El otro, en verdad, lo conocía muy poco, casi nada, apenas lo que le había contado Liliana a Miriam. Y los últimos días de Liliana, sus primeros días. Si alguien podía ayudarla a conocer el otro lado era él, Carlos. Pero estaba tan perplejo con lo que ella le iba contando que apenas si la interrumpió para hacerle alguna pregunta, o algún comentario en esa primera hora.

–¿Quieres beber algo más? –Carlos hizo señas con la mano al camarero para que se acercara.

Darse una tregua, detenerse, calmarse, eso era lo que querían los dos.

–Una Coca-cola. Parecés español –hablar de cualquier cosa, trivializar–, tu pronunciación, algunas palabras, usás siempre el tú.

–No, a veces lo mezclo con el vos, cuando hablo con argentinos. Pero hablo poco, por suerte, los evito. En verdad, odio a los argentinos, a la Argentina.

Carlos no pudo ver ese rencor que encendió como fuego la mirada de Luz.

Luz miró el reloj.

–Voy a hablar por teléfono, no quiero que Ramiro se preocupe. Ramiro, mi marido –aclaró.

–¿Tienes marido ya? –y era asombro, aunque por qué, si él no sabía nada de la vida de Luz.

–Sí, y un hijo. Se llama Juan y tiene un año y medio.

Tal vez porque estaba a solas, Carlos se permitió preguntarse a sí mismo eso que desde que Luz cometió ese error (cuando dijo “salvarme” en lugar de “salvarla”) lo estaba aguijoneando pero que no quiso o no pudo pensar entonces. Cuando él había dicho algo despectivo sobre Miriam, Luz había reaccionado violentamente.

–Esa hija de puta, como la llamás –ahí empezó a tutearlo– se jugó el pellejo para salvarme.

¿Y si lo de “salvarme” no hubiera sido un error, o una alusión a algún otro episodio en el que esta mujer la hubiera salvado? pensó Carlos, pero Luz lo había pasado por alto ya no recuerda cómo y siguió hablando de Liliana y de la nena. Sin embargo ¿cómo era posible que ella supiera tanto? Pero ¿por qué no se lo decía directamente?, y él ¿por qué no se lo preguntaba directamente?

Quiso que Luz no se diera cuenta lo que estaba sospechando, se dijo que demoraría todo lo posible esa pregunta, que aceptaría que ella lo contara como quisiera, o como pudiera. Si es que era así, porque también podía haber otra explicación.

Tal vez deberían cenar, le propuso Carlos cuando Luz volvió a la mesa.

No, ninguno de los dos tenía hambre. Cómo levantarse de esa mesa antes de saber toda esa historia.

–Me gustaría que siguieras contándome.

Y Luz tragó saliva y siguió y siguió hasta que al fin se lo dijo, ni recuerda cómo.

Carlos nunca se lo preguntó, pero cuando la tomó de las manos y la miró, los ojos empañados, Luz tuvo la certeza de que él la reconocía.

Cuando salieron del Café Comercial, Carlos sintió el impulso de poner su brazo sobre el hombro de Luz, pero no se animó. El brazo se le levantó solo y se detuvo en el aire.

—¿Puedo?

Luz apenas acertó a sonreír asintiendo. Caminaron juntos unos diez minutos hablando de las calles tan vivas a esa hora de la madrugada, de Madrid, del viaje que ella había hecho cuatro años atrás cuando terminó el bachillerato. Un acuerdo tácito de no mencionar nada que perturbara ese placer de estar caminando uno junto al otro, por primera vez.

Carlos le contó que se había especializado en Pediatría en Barcelona, donde se casó con Montse, y que hacía ocho años que vivía en Madrid. Luz le dijo que a ella le faltaba bastante para recibirse de arquitecta: me atrasé en los estudios con el nacimiento de Juan y con... esto.

Un pudor a contrapelo le impidió abrazar a Luz como tenía ganas en el momento en que ella llamó “esto” a todo, todo lo que había sido capaz de hacer hasta encontrarlo.

En la puerta del hotel, Carlos se paró frente a Luz y los dos se miraron. Luz se dio vuelta como si le importara muchísimo esa pareja de ingleses que estaba entrando. Carlos tomó la cara de Luz entre sus manos y la giró hacia él.

—No te lo había dicho. Sos muy linda... y muy valiente —Luz no pudo responder, se iba a poner a llorar ahí mismo—. ¿Cómo sigue esto? Luz... Lili, no sé cómo decirte.

—Luz, siempre me llamé Luz. Y me gusta mi nombre. Es difícil decírtelo a vos, pero no todo fue malo, mi nombre por ejemplo, Luz. Yo me empeiné en poner luz a esta historia de sombras, en saber, buscar y buscar, sin medir el riesgo afectivo que pudiera traerme. Esta conversación para vos debe haber sido muy fuerte, no puedo ni imaginarme, pero para mí tampoco fue fácil, ¿sabés? Yo no sabía cómo podías reaccionar, ni si te iba a encontrar o no, ni nada, nada... ni tampoco qué me va a pasar si te das vuelta ahora y no te veo nunca más...

—Ortiz.

—¿Qué?



–Se llamaba Liliana Ortiz. Yo también tengo mucho que contarte. Y... además, tenemos que decidir unas cuantas cosas juntos. ¿No te parece? Los están juzgando en Madrid... ahora –se entusiasmó Carlos–. ¿Vendría Miriam a dar su testimonio?

Antes de que Luz le contestara, Carlos le dio un beso, y puso la otra mejilla:

– A la española. Acá son dos besos. Descansá, te llamo mañana.

